



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Las últimas voluntades en la Baja Edad Media hispana

Autora:

Maika López Aroz

Directora:

Dra. María del Carmen García Herrero

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

Febrero de 2015

Índice

1. Resumen.....	p. 2
2. Introducción.....	pp. 3-4
3. Aproximación historiográfica.....	pp. 5-10
4. La importancia de hacer testamento.....	pp. 11-15
4.1. Razones para testar.....	pp. 15-16
4.2. La salvación a través de las últimas voluntades.....	pp. 16-20
5. La salud del alma.....	pp. 20-21
5.1. Misas y sepelio <i>in memoriam</i>	pp. 21-25
5.2. Devociones personales: la encomienda del alma.....	pp. 25-28
5.3. Legados para obras meritorias.....	pp. 28-32
6. El destino de lo terrenal.....	pp. 32-33
6.1. El cuerpo: exequias y enterramiento.....	pp. 33-36
6.2. El patrimonio: herencia, bienes y deudas.....	pp. 36-39
7. Conclusiones.....	pp. 40-42
8. Bibliografía.....	pp. 43-44

1. Resumen

El presente Trabajo de Fin de Grado lleva a cabo una aproximación al estudio de las últimas voluntades durante la Baja Edad Media hispana. Para su elaboración he utilizado principalmente fuentes secundarias, obras que en su mayoría se basan en el análisis de testamentos, instrumentos imprescindibles para conocer diversos aspectos de la vida cotidiana de este periodo. Asimismo, y en menor medida, me he servido de testamentos y codicilos publicados por diferentes historiadores e historiadoras.

Explicar la importancia del propio acto de testar, las razones que conducían a ello, así como las principales preocupaciones de los y las otorgantes, son las cuestiones básicas a las que hago referencia, reflejando, a su vez, las actitudes que los seres humanos adoptan ante el inevitable momento del óbito, velando en vida por el futuro de sus cuerpos, almas y bienes materiales con el fin último de descansar en paz y lograr la salvación eterna.

Mi objetivo es manejar distintas aportaciones para proporcionar una imagen lo más fiel posible de una pequeña porción tanto del marco cultural como del horizonte mental bajomedievales. Tarea que llevaré a cabo a través del análisis de las diferentes partes que, en términos generales, componen las últimas voluntades de la época, resaltando el nexo existente entre los bienes terrenales, los beneficios espirituales y también el reflejo de una sociedad desigual perdurable tras la muerte. Todo ello sin olvidar las creencias y devociones más arraigadas, así como el anhelo humano de no abandonar este mundo totalmente, permaneciendo en el recuerdo a través de sus actos, obras y legados.

2. Introducción

Los habitantes de los reinos hispanos bajomedievales desarrollan su vida dentro de un marco cultural muy concreto, hablamos de un mundo plagado de simbología, expresada a través de imágenes y gestos que conducen a una trascendencia profunda de todo aquello que les rodea, donde lo espiritual toma tal relevancia que impregna todos los ámbitos de la existencia, y donde la muerte es posiblemente la realidad más tangible de la vida.

No existía nada más seguro que la llegada de la hora de la muerte, y sin embargo, no se podía imaginar nada tan incierto como qué ocurriría tras ella. Pues bien, a lo largo de la Edad Media veremos como el concepto de muerte varía y toma diversos significados conforme se desarrolla la mentalidad de los hombres y mujeres del Medievo, y donde la Iglesia, como es evidente, jugará un papel esencial conforme ella misma se constituya en una fuerte institución, que no obstante, necesitará del paso del tiempo para establecer su propio discurso cristiano acerca de la muerte y fijarlo en las mentes de la época.

A la hora de enfrentar la muerte, tan cercana siempre a las personas de la Baja Edad Media, la recapitación sobre el paso por el mundo terreno conduce a “hacer testamento”, es decir, a poner por escrito las últimas voluntades ante un posible fin. Las fórmulas para ello, al igual que ocurrirá con el propio concepto de muerte, variarán con el tiempo.

El estudio de los testamentos del periodo bajomedieval va a aportarnos una visión bastante clara de qué eran y en qué consistían los últimos deseos, dado que el procedimiento será cada vez más homogéneo y se acabarán fijando modelos testamentarios que copiarán la mayoría. No obstante “*la variedad de contenidos de las últimas voluntades implica cierta libertad que permite aflorar el sentir personal y las actitudes espirituales más íntimas*”¹

Consecuencia de ese acercamiento será que las últimas voluntades constituyan un soporte perfecto para el estudio de la sociedad medieval, en concreto de su dimensión mental. Desde los más arraigados miedos a los más profundos anhelos, el testamento

¹ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*, Ediciones 94, Zaragoza, 2002, p. 15.

nos muestra de forma individual –en puntuales ocasiones encontramos documentos mancomunados- cómo eran los habitantes del Medievo hispano en toda su complejidad.

Además de profundizar en el ente social, las últimas voluntades permiten el acceso a detalles del mundo político, mediante el estudio de testamentos de monarcas, príncipes o consejeros reales; del ámbito económico, gracias a investigaciones sobre la actuación de los grandes terratenientes a la hora de testar así como de pequeños campesinos; o del plano cultural, observando donaciones de obras de arte, encargos de retablos o construcciones eclesiásticas. Desde los más grandes reyes a los más insignificantes súbditos, todos anhelan dejar sus asuntos en orden, al fin y al cabo y en boca del poeta romano Horacio “*La pálida muerte golpea con pie imparcial en las casas de los pobres y en la de los monarcas.*”

En definitiva, el testamento es un elemento utilizado por las gentes bajomedievales para enfrentar la muerte, y plasmar todo ello por escrito responde a multitud de necesidades de tipo moral, material, religioso, legal, etc. Las últimas voluntades atañen a tantos aspectos de la vida de una persona que incluso la alcanzarán *post mortem*. Pavón Benito y García de la Borbolla apuntan cómo “*los testamentos vienen a reflejar las relaciones establecidas entre el mundo terrenal y el celestial, dos ámbitos espacialmente y temporalmente distantes pero en perfecta conexión en la espiritualidad del hombre medieval.*”² De manera que al hacer testamento no se están dictando unas meras directrices, sino que las últimas voluntades reflejan auténticos sentimientos, con un ferviente deseo de no ser olvidados aquí y de recorrer sin dificultad el camino al Más Allá.

² PAVÓN BENITO, Julia, y GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media. La muerte en la Navarra Medieval*, Universidad de Valencia, Valencia, 2007, p. 267.

3. Aproximación historiográfica

El discurso sobre la muerte se encuadra dentro de lo que se ha denominado como historia de las mentalidades. Este revolucionario enfoque se desarrollará gracias a los nuevos instrumentos proporcionados por la evolución de las Ciencias Sociales, que partiendo de la ciencia histórica, llevarán a las nuevas generaciones de historiadores a ahondar incansablemente en el pasado dotándose de nuevas perspectivas. La Escuela de Annales en Francia, fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, será la gran impulsora de estas nuevas ramas del estudio histórico, que alejándose del historicismo alemán de las décadas pasadas, darán cabida a una enorme variedad de temas pasando por la historia económica, social o cultural.

La historia de las mentalidades, atendiendo a las actitudes de los individuos y al desarrollo psicológico del ser humano en sociedad, se caracterizará ante todo por su interdisciplinariedad, lo que la llevará a tener duros críticos, sobre todo en la década de los años 70 y 80 del siglo pasado, bajo la acusación de tener carencias en cuanto a contenido histórico. Sus defensores, sin embargo, hablarán del gran valor de las construcciones mentales del pasado, sin pasar desapercibida una realidad tan trascendental para el ser humano como es la muerte. Es *“la motivación última de reconstruir el universo mental del hombre histórico”*³, lo que lleva a dedicar gran atención al tema que nos ocupa. La Edad Media es un marco extraordinario para analizar lo que el ser humano pensaba, sentía y quería transmitir ante el hecho de su propio fin, y el interés por ello se extenderá por todo el continente siendo los protocolos notariales, en concreto los testamentos, las fuentes esenciales para el desarrollo de este novedoso campo de estudio.

Con el impulso de Annales, los historiadores franceses se convertirán en los pioneros en la investigación de la “historia de la muerte”, dos nombres destacaran entre 1974 y 1983, cuando Philippe Ariès y Michel Vovelle, abran las puertas a nuevas ideas a través de su fructífera obra. Con títulos como *L’homme devant la mort* (París, 1975), Ariès, partiendo de enfoques generalistas, expresará cómo el hombre medieval tiene continuamente presente la realidad de su propia muerte, contemplando que con el devenir de los siglos, el ser humano lleva a cabo una serie de ajustes mentales que hacen

³Ibídem, p. 26.

variar su ideario ante el óbito. Analiza asimismo creencias religiosas, ritos funerarios, y el interesante mundo de los testamentos y herencias. Por su parte, Vovelle, relativamente alejado ya de la Escuela de Annales, publicará trabajos como *La Mort et l'Occident de 1300 a nos jours* (París, 1974). No solo hablará de los discursos acerca de la muerte y lo que la rodea, sino que se apoyará en el análisis de documentos artísticos y literarios, ofreciendo un enfoque muy completo y abarcando todo un proceso de larga duración.

Profundamente vinculado a la Escuela de Annales, sobre todo a la figura de Lucien Frevbre, destacará el modernista italiano Alberto Tenenti. Este historiador nunca perderá el nexo de unión con su país natal, algo que se denota en sus múltiples publicaciones, pero desarrollará casi toda su obra en Francia. Respecto a la “historia de la muerte” veremos sus aportaciones sobre el *ars morendi* y la prefiguración de lo macabro durante los últimos coletazos del Medievo. En su obra *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento* (Turín, 1957) realiza a una aproximación al mundo de la muerte desde el plano de una sensibilidad que encuentra su caldo de cultivo en la etapa medieval para dar el salto a la modernidad, donde evolucionará de tal forma que cambiará la forma humana de ver la vida en cualquiera de sus vertientes, y en consecuencia también la muerte.

El último tercio del siglo XX seguirá proporcionando importantes monografías que reflejarán el profundo interés que despierta este tema, pues expertos de muy diversos campos dotarán a Francia de un rico conjunto bibliográfico. Hablamos, por ejemplo, de Pierre Chaunu o el modernista Emmanuel Le Roy Ladurie uno de los padres de la microhistoria, así como expertos que llevarán a cabo investigaciones de índole regional como en el caso de Marie-Thérèse Lorcín o Jacques Chiffolleau. Sin duda la muerte se abre camino a través del estudio de las últimas voluntades, consolidándose así una corriente de investigación cada vez más sistemática que conducirá a la publicación, en los años 90, de una obra colectiva fruto de la convergencia de diversas disciplinas que tratarán de explicar la asimilación de la muerte, el título seleccionado fue *À réveiller les morts. La mort au quotidien dans l'Occident médiéval* (Lyon, 1993) dirigida por Danièle Alexandre-Bidon y Cécile Treffort. Todo esto no es fruto de otra cosa que de la necesaria transversalidad que requiere un tema tan complejo como el que nos ocupa, tan estrechamente relacionado con la iconografía, la filosofía o la teología.

La historiografía anglosajona va a resultar mucho más práctica y sintética que la francesa. No obstante tendrá cierta influencia de la producción de Ariès, pero con la intención de llevar a cabo un análisis que de cabida a una visión amplia, desde el pasado hasta el presente, siendo la mentalidad humana una estructura en continua construcción y por tanto, en perpetuo cambio. Los investigadores británicos se servirán además de la arqueología, la documentación demográfica y de los estudios sociológicos, lo que no quita relevancia a la utilización de fuentes testamentarias, pero quizás no le darán tanta prioridad como en el mundo galo. Destacarán nombres como los de Paul Binski con su obra *Medieval Death. Ritual and Representation* (Londres, 1996) o Christopher Daniell autor de *Death and Burial in Medieval England* (Londres, 1996).

En el caso de la historiografía española sobre la muerte, se seguirá la estela de los trabajos franceses. Las primeras centurias del XX se verán repletas de estudios cercanos a la teología o la documentación jurídica. Autores como Luís García de Valdeavellano o Alfonso García Gallo, proporcionarán información útil desde el punto de vista del derecho o del desarrollo de los modelos notariales. No cabe duda de que existía un interés acerca de las condiciones –transcendentales y materiales- en las que el ser humano abandonada el mundo terreno, no obstante las investigaciones frenaron en seco al inicio de la Guerra Civil. A mitad de la centuria, la atención recayó más sobre las cuestiones de tipo económico que sobre lo cultural, por ello será necesaria la llegada de las obras de los grandes medievalistas franceses, de la talla de Georges Duby y Jacques Le Goff, para que se avive el interés por el universo mental de los hombres y mujeres del Medievo.

Al igual que en el resto de Europa, el último tercio del siglo pasado supondrá el momento de mayor producción historiográfica. Emilio Mitre ocupará un espacio esencial, pues con su obra *Historiografía y mentalidades históricas en la Europa Medieval* (Madrid, 1988) abrirá el camino hacia la comprensión del universo del óbito, que continuará investigando con *La muerte vencida. Imágenes e historia en el Occidente medieval, 1200-1348* (Madrid, 1988). A principios de la década de los 90 tendrá lugar en Zaragoza un congreso con el que se mostró las ganas y deseos de los historiadores hispanos por poner a España en el mapa europeo de la investigación de la historia cultural. En este contexto, el testamento pasará a ser “*pieza clave para explorar*

el mundo mental y las actitudes ante la muerte”⁴. La bibliografía hispana sobre el tema es amplia y completa, añadiéndose nombres destacados a finales del XX como Fernando Martínez Gil que en *La muerte vivida* (Toledo, 1996) intenta explicar el porqué del concepto de muerte, así como de las vivencias en torno a la misma en el contexto de la España de los Austrias.

Sin salir del marco de estudio de la España medieval, no podemos pasar por alto al medievalista argentino Ariel Guance, quien con su obra *Los discursos sobre la muerte en la Castilla Medieval VII-XV* (Valladolid, 1998), proporciona una visión novedosa que además de abarcar un largo periodo temporal, alude a la peculiaridad de la visión hispana de la muerte, dado el pasado visigodo peninsular, y cómo ello influyó en la formación de la cultura medieval a todos los niveles, incluyendo las construcciones ideológicas, así explica: “*El pasado visigodo se revela como un campo fecundo de contenidos y realidades que, consciente o inconscientemente, fueron retomados en los siglos posteriores.*”⁵ De esta manera, con su estudio, nos expone una completa mirada a cómo se percibe y se trata la muerte a lo largo del Medievo hispano.

El enorme interés que el presente tema levantó entre los investigadores españoles se evidencia con la existencia de una historiografía regional o incluso local acerca de la muerte en diversas zonas de la geografía española, atendiendo a las singularidades de estas. Si bien Guance indagó en las particularidades castellanas tomándolas como base para lanzarse al análisis hispano de tintes generalistas, otros harán lo propio acerca de gran diversidad de lugares.

En Navarra, veremos cómo surgen diversidad de estudios a partir de los años 80, la mayoría de ellos centrados en la realeza, concretamente en la dinastía Evreux. Aquí cabe mencionar a autores como Beatrice Leroy, Eloísa Ramírez Vaquero o Pascual Tamburri. Sin salir del mundo navarro, y dentro del cortesano, destaca también el trabajo de Luís Javier Fortún *Sedes Reales de Navarra* (Pamplona, 1991) donde se centra en los conjuntos funerarios de los monarcas del reino. Por otro lado y de fecha más reciente, es la obra de Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla que lleva por título *Morir en la Edad Media. La muerte en la Navarra medieval* (Pamplona, 2007) que explica como el ser humano se encuentra con la muerte viéndose a sí mismo como

⁴Ibíd., p. 35.

⁵ GUIANCE, Ariel, *Los discursos sobre la muerte en la Castilla medieval (VII-XV)*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1998, p. 415.

una pieza más de un proyecto divino que lejos de acabar al morir, continúa tras el deceso. Todo ello a través de la documentación navarra y teniendo presente la trayectoria histórica de dicho reino.

En el caso aragonés observamos una predominante historiografía de carácter regional o local y que pasa por el análisis exhaustivo de testamentos ante la rica y abundante documentación aragonesa actualmente conservada en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza. Uno de los primeros trabajos, fechado en 1984, que abordarán el tema, pertenece a la medievalista María del Carmen García Herrero: “La muerte y el cuidado del alma en los testamentos zaragozanos de la primera mitad del siglo XV”, donde expone cómo los zaragozanos de finales del Medievo enfrentaban la muerte. Tras hacer un análisis a más de doscientos testamentos vemos cómo pueden conocerse los deseos, temores y anhelos más profundos de los habitantes de Zaragoza. Otra obra destacada es un artículo del año 2006 titulado “En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa”, bajo la autoría de nuevo de María del Carmen García Herrero acompañada de María Isabel Falcón Pérez. En él se indaga acerca de la actitud de los habitantes de la Baja Edad Media ante la muerte, lo macabro, o la imagen del más allá, poniendo atención no solo a lo transcendental, sino también a lo terrenal a través de las mandas testamentarias. Por su parte, hay que subrayar el libro de María Luz Rodrigo Estevan, *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*, una obra a través de la cual se pudo acceder a los comportamientos de los aragoneses ante el deceso, basándose en el estudio de sus testamentos. Se trata del análisis e interpretación de un importante corpus documental bajomedieval con testamentos emitidos en Teruel, Daroca, Zaragoza, Barbastro y Huesca. La autora tenderá escrupulosamente a cuestiones de edad, sexo, situación civil o condición social.

Desde prácticamente la totalidad del territorio español llegan investigaciones a partir de los años 80. Con la documentación notarial como baluarte –con especial atención en los testamentos–, Margarita Cantera nos ilustrará acerca de La Rioja, Salvador Claramunt hará lo propio con Barcelona o Ermelindo Portela y Carmen Pallarés acerca de Galicia, entre muchos otros.⁶

⁶ AZPEITIA MARTÍN, María, “Historiografía de la “historia de la muerte”, *Studia historica. Historia medieval*, N° 26, 2008, pp. 113-132.

En términos generales, la “historia de la muerte” estará respaldada y se irá nutriendo de diversos estudios de amplio espectro temático: la medicina y la enfermedad, la infancia, la vida cotidiana o la religiosidad. Con figuras como Teresa Vinyoles i Vidal, Francisco Javier Fernández Conde, Alicia Martínez Crespo o la ya mencionada María del Carmen García Herrero.

4. La importancia de hacer testamento

Testar en la Baja Edad Media supone llevar a cabo una declaración voluntaria de qué desea hacerse con los bienes, el cuerpo e incluso el alma tras el óbito. Como todo acto solemne va a hallarse sujeto a un protocolo que, a finales del Medievo, va a ser muy específico y normalmente ajustado a una estructura concreta.

En primer lugar y tras los datos iniciales, incluida la fecha y el lugar donde se dictan últimas voluntades, aparecerá información variada, desde el nombre completo hasta la condición jurídica, así como el estado civil o el empleo que se desempeñaba. Vemos como en muchos casos y conforme avanza el Medievo, se hacen más explícitos:

“En Córdoua, dies e nueue días del dicho mes de abril del dicho año de setenta e seys, fiso su testamento Nyculás de Colonna, alemán, mercador, fijo de Enrrique Domingo”⁷

Tras estos datos básicos y por lo general en todo este tipo de documentación, vamos a encontrar diferentes partes, no obstante, y como ya apuntamos, queda permitido el tomarse ciertas libertades.

Prácticamente en la totalidad de los casos estudiados, el testamento se inicia con la llamada *invocatio*, es sin duda una de las fórmulas más repetidas producto del temor que la muerte infunde y que conduce a los testadores a apelar a la corte celestial. Con el tiempo se verán pequeñas variaciones en este tipo de pauta, aunque Dios en su Primera y Segunda Personas (Padre e Hijo), la Santa Trinidad y la Virgen María, en menor medida, serán los eternos protagonistas. Infinitos son los posibles ejemplos de la *invocatio*:

“Mando a minna alma a Deus Padre poderoso que son pesonas tres Padre, et Fillo et Espiritu Santo [...] Rodo a Virgen Santa Maria con todollos santos et santas da glosria do Parayso que seja minna aboga (1470)”⁸

⁷ Archivo Histórico Provincial de Córdoba (AHPC), Córdoba, Testamento de Nicolás de Colonia, 1476, of. 14, leg. 12, cuad. 12, fol.10, citado en DEL PINO GARCÍA, José Luís, “Muerte y ritos funerarios en Córdoba a fines de la Edad Media”, *Miscelánea Medieval Murciana*, XXV-XXVI, 2001-2002, pp. 231-268, p. 238.

⁸ Archivo del Reino de Galicia (ARG), La Coruña, Colección Sarmiento Valladares, 1470, caja 168, nº3, citado en OTERO PIÑEYRO MASEDA, Pablo S., GARCÍA-FERNÁNDEZ, Miguel, “Los testamentos

Por otro lado encontraremos las disposiciones espirituales, esto va englobar todo aquello que tenga que ver con el destino del alma. Alcanzar el Paraíso conllevará no solo haber llevado una vida ejemplar, sino que cuando esta toque su fin, se deberán seguir haciendo méritos en beneficio del alma. La celebración de misas por el ánima, la encomienda de esta a Dios, a la Virgen y a los santos, así como la celebración de vigiliyas y velatorios, quedarán descritos y especificados en este punto testamentario.

*“Primerament, altissimo Creador e a la bienaventurada gloriosa Virgen Maria e a la cort celestial encomiendo mi anima. (1474)”*⁹

Respecto al cuidado del cuerpo, que tras la muerte queda separado del alma, la principal preocupación es procurarle un buen lugar de descanso, dada la creencia de la resurrección de la carne. La elección de un enterramiento cercano a un altar, en una u otra capilla o una iglesia o catedral concreta, también podrá llegar a procurar un mejor destino para el espíritu.

*“Item, slio mi sepultura en la iglesia e monesterio de Sant Pedro Martir (...) dentro en la capilla clamada de Sant Thomas de Aquinno, en do quiero e mando que mi cuerpo sea sepellido (1474)”*¹⁰

Saldar las deudas e injurias o dejar solucionados cualquier tipo de problema y entuerto, copan parte de las líneas de estos documentos. Hablamos del acto de pedir perdón ante pecados o equivocaciones que siendo subsanadas *post mortem* serán también beneficiosas para la salud del alma inmortal, se demuestra aquí un descargo de conciencia.

*“que por manos de mis exsecutores infrascriptos, sian satisfechos e pagados de mis bienes todos mis deudos, tuertos et injurias. (1474)”*¹¹

Tras ello encontraremos lo referente a la distribución de los bienes materiales, elección específica de los herederos, tutores para hijos menores y gracias especiales.

como fuente para la historia social de la nobleza. Un ejemplo metodológico: tres mandas de los Valladares del siglo XV”, *Cuadernos de estudios gallegos*, N° 126, 2013, pp. 125-169, p. 157.

⁹ Archico Histórico de Protocolos Notariales de Calatayud (AHPC), Calatayud, Protocolo de Gil Sánchez de Magallón, 1472-1474, (n° 138), ff. 223-226v., citado en GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Artesanas de vida. Mujeres de la Edad Media, Institución Fernando el Católico*, 2010, pp. 196-203, p. 157.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*, pp. 197.

*“Leyxo por meus erdeiros a meus fillos Gregorio, Lionor et Diego Suarez huniversas em todos meus beens [...] et les mando sopena de minna beyçon que cunpra toda esta minna manda. (1470)”*¹²

Y por último y no menos importante, se reflejará la selección de quienes van a llevar a cabo el buen cumplimiento de lo ordenado, los y las albaceas, ejecutores o ejecutaras testamentarios. Usualmente los escogidos serán familiares, clérigos y en general personas de plena confianza.

*“Item eslio e lexo exequtriz de aquesti mi ultimo testament a la dita Maria Martinez d’Almaçan, muller mia, a la qual carament comando mi anima e le do pleno, livre e franco poder de exeguir e complir aquel segund que de suso por mi es ordenado sines dannyo de sus bienes e periglo de sus animas e sines de liçencia e mandamiento de algund judge ecclesiastico e seglar”*¹³

La legalidad del proceso quedaba a expensas de que hubiera testigos y un notario, tampoco solía faltar la figura del escribano dado el contexto predominantemente analfabeto en que nos encontramos. En el mundo rural no obstante, serías más complicado encontrar sobre todo la figura del notario, de ahí que el proceso fuera realizado por un clérigo y llevado después a la notaría para acreditar su veracidad. Primeramente, en estas circunstancias y a viva voz, el testador dictaría sus últimas voluntades, esto es lo que se llamaría un testamento abierto o nuncupativo. Similares en su estructura encontraremos los testamentos cerrados o *closos*, aquellos que son redactados por el propio testador y entregados totalmente sellados al notario, solo tras el deceso se daría lugar a su lectura. Posiblemente el objetivo de estos documentos sería evitar cualquier tipo de intervención o presión por parte del propio entorno, de hecho y en algunas ocasiones parece que se prescindía incluso de escriba, *ergo* eran realizados por el otorgante, de ahí que fueran más personales y explícitos que los nuncupativos.

En menor cantidad se han clasificado documentos dictados por personas que no eran el testador, hablamos de familiares que debido a una muerte inesperada, deberán dictaminar las clausulas necesarias para el buen descanso del difunto. Existía además el

¹² Archivo del Reino de Galicia (ARG), La Coruña, Colección Sarmiento Valladares, 44976, caja 168, nº3, citado en OTERO PIÑEYRO MASEDA, P., GARCÍA-FERNÁNDEZ, M., op. cit., 2013, pp. 159-160.

¹³ DEL CAMPO GUTIÉRREZ, Ana, *El Libro de Testamentos de 1384-1407 del notario Vicente de Rodilla*, Zaragoza, IFC, 2011, p. 169.

caso de que las últimas voluntades hubieran sido ordenadas ante testigos u albaceas pero no se hubieran recogido en ningún tipo de soporte documental. Ante estas circunstancias, los presentes en dicho momento debían jurar por Dios aquello que presenciaron para que el documento pudiera rehacerse.¹⁴

Respecto a la edad para testar no parece que haya especificado de manera legal un lapso concreto que obligue a ello, no obstante existían ordenanzas que se pusieron en funcionamiento durante la Baja Edad Media. Buena cuenta de ello dan en Aragón los fueros de Jaime II, que datados entre 1307-1311 concedían la facultad de testar a todos aquellos aragoneses mayores de catorce años.¹⁵ De la misma forma “*la extremaunción era considerada como obligación moral para los mayores de 14 años*”¹⁶. Sin duda el cumplimiento sacramental era de extrema importancia, bautizo, comunión eucarística o matrimonio eran elementos clave para la vida de un cristiano así como para su viaje al Más Allá, la extremaunción sería el último de los sacramentos, esencial para tener la anhelada “buena muerte” llegada la hora final.

Cabe señalar que existirá una rica legislación respecto al suicidio, acto que conllevó una enorme cantidad de problemas doctrinales. Las últimas voluntades de los suicidas no eran cumplidas, dado que moral, religiosa y por *ende* socialmente hablando, el suicidio era considerado algo negativo, y así se refleja en la documentación de la época. Las circunstancias y causas serán investigadas, pues eran primordiales para “*proceder a la confiscación efectiva de los bienes del suicida, así como la aplicación de castigos corporales y espirituales a su cadáver.*”¹⁷ Es decir, no solo sería embargado su patrimonio, sino que su cuerpo sería ajusticiado y objeto de un castigo ejemplar y su alma privada de la salvación eterna, de hecho podemos observar como “*su condición de traidor y su condena al infierno, serán dos de los tópicos preferidos por la legislación foral hispana*”¹⁸ No ocurrirá lo mismo con la muerte accidental, pues si se demostraba que el individuo no había puesto fin a su vida, se restauraban tanto las posesiones como el cuerpo a la familia, para que pudiera serle dada cristiana sepultura. Asimismo y en ocasiones especiales –a pesar de que hubiera sido un suicidio demostrado- se podría

¹⁴ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 68.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 64.

¹⁶ Mollat, 1966, pp. 54 citado en CANTERA MONTENEGRO, Margarita, “Religiosidad en La Rioja Bajomedieval a través de los testamentos”, 1986.

¹⁷ BALDÓ ALCOZ, Julia, “Suicidio y muerte accidental en la Navarra Bajomedieval”, *Anuario de Estudios Medievales*, N° 37 (enero-junio), 2007, pp. 36.

¹⁸ GUIANCE, Ariel, *Los discursos sobre la muerte en la Castilla medieval (VII-XV)*, p. 361.

proceder a la devolución de parte de las propiedades a la familia, como en el caso del empleo de las mismas en donaciones. La posibilidad de que se den este tipo de circunstancias será lo que promueva arduas investigaciones cuando se halle un cadáver en extrañas circunstancias. En cualquier caso hablamos de una época difícil, plagada de hambre, guerras y enfermedades, de modo que a pesar del empeño eclesiástico en mostrarlo como la condena perpetua del alma, se plantea una posible búsqueda a través de este acto de “*una última esperanza y la benevolencia divina en el Más Allá.*”¹⁹

4.1. Razones para testar

La redacción de las últimas voluntades conlleva una auténtica liberación de conciencia, y el hecho de hacerlo no tenía que responder exclusivamente a ver próxima la propia muerte. Ciertamente, la vejez y no gozar de buena salud van a ser los dos motivos principales que empujarán a los individuos a testar; en el caso del primer fenómeno predomina un sentimiento de resignación ante el irremediable destino. Respecto a testar ante el padecimiento de alguna enfermedad, es un acto de prevención, e incluso se podía redactar un nuevo documento si finalmente la dolencia era superada. En cualquier caso “*la muerte aparecía prefigurada a través del dolor y de la irracionalidad del sufrimiento.*”²⁰ Enfermedad, vejez, dolor o muerte van a ser conceptos estrechamente relacionados en el ideario medieval, y asimismo se mostrará en las últimas voluntades:

“*Yo, Pedro de la Huerta, vezino de la parroquia de Santa Maria Madalena de la cibat de Çaragoça, jaziendo enfermo, empero, merçe a Dios...*”²¹

En relación con otra etapa de la vida, estaba el hacer testamentos ante la realidad del parto. Una mujer embarazada tenía mayor riesgo de enfermar e incluso de morir mientras daba a luz. Por ello muchas féminas darán muestra de su preocupación mandando redactar sus últimas voluntades. El objetivo primordial será velar por el bienestar de su progenie, incluido, claro está, el de la criatura aún no nacida. En

¹⁹ BALDÓ ALCOZ, Julia, “Suicidio y muerte accidental en la Navarra Bajomedieval”, p. 69.

²⁰ PAVÓN BENITO, Julia, y GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media*, p. 89.

²¹ Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Zaragoza, Testamento de Pedro de la Huerta, 1402, ff. 6v-7v, citado en DEL CAMPO GUTIÉRREZ, op. cit., 2011, pp. 63-65.

consecuencia el destinatario de cuales fueran sus posesiones sería, con frecuencia, el marido, encargado de hacerse cargo de la familia.²²

Existirán también motivaciones que podríamos clasificar como cautelosas. Estamos ante personas que dictaban cuidadosamente este tipo de documentos por miedo a una muerte inesperada, algo muy temido en la época. Aquí será necesario añadir como el fallecimiento de seres queridos o personas cercanas lleva a algunos individuos a preocuparse por estas cuestiones. Este tipo de decisión también se llevará a cabo de forma casi unánime entre los propietarios de grandes fortunas con el objetivo de evitar disputas patrimoniales ante la muerte de algún miembro importante y el posible resquebrajamiento del núcleo existente. Para la Baja Edad Media estos casos girarán en torno a linajes nobiliarios y las nuevas oligarquías formadas tras el desarrollo urbano del siglo XII. Normalmente estos individuos van a resaltar el hecho de que están bien, “*seyendo en mi firme palabra, memoria buena e sano entendimiento*”²³ es decir, están sanos y con total lucidez para proceder a dictar sus voluntades.

Otro motivo, aunque menos usual que los anteriores, era aventurarse en un viaje. Indiferentemente si este fuera largo o corto, siempre conllevaba asumir riesgos y la posibilidad de sufrir accidentes que podían desembocar en la muerte. En las últimas voluntades, se apuntará sobre todo el lugar donde se desea ser enterrado si se produjera el trágico hecho. Hablamos, no obstante, de algo complicado de llevar a cabo y más en un mundo de comunicaciones lentas y dificultosas, donde emprender un largo viaje podía conllevar el peligro del no retorno.²⁴

En definitiva, se puede observar cómo las razones para hacer testamento son muchas y muy variadas, conduciendo todas ellas a un mismo objetivo que, a su vez, es el principal motivo por el que testar: el reparto de los bienes y la salvación eterna del alma.

4.2. La salvación a través de las últimas voluntades

En el mundo bajomedieval la vida es generalmente corta y más aún si la comparamos con la duración actual de la misma. En consecuencia la muerte se

²² RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 58.

²³ Archivo Municipal de Daroca (AMD), Daroca, Procesos del Justicia, 1417, ff. 11r-19v., citado en RODRIGO ESTEVAN, op. cit., 2002, p. 221.

²⁴ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 57.

presiente, se intuye continuamente. Debido a ello no es de extrañar que los padres entierren a sus hijos, los múltiples casos existentes de viudedad temprana o la orfandad de niños de muy corta edad. Morir es ley de vida, pero pasar la eternidad en el Paraíso no. Esto provoca un temor muy profundo en los hombres y mujeres del Medievo, incluso uno mayor que al sufrimiento y al dolor físico. La semántica testamentaria es clara, los habitantes de la Baja Edad Media son conscientes de que su alma será juzgada por el Creador y en consecuencia, podrían alcanzar la Gloria de los Cielos o perecer en los horrores del Infierno. Pinturas, retablos y miniaturas, fijaban en sus mentes a lo largo de toda su vida la terrible imagen de las calamidades del averno, de modo que salvarse a uno mismo de semejante tortura eterna se convirtió en una auténtica necesidad.

Nos encontramos, en definitiva, ante lo que se podría definir como un acuerdo impulsado y verificado por la Santa Iglesia que asegura el buen entendimiento entre Dios y sus humanas creaciones. Sin embargo no todo el grueso de la población tiene la capacidad de testar, en gran parte debido a su precaria situación económica, y si bien es cierto que conforme avance el periodo medieval encontraremos un aumento del número testadores, todavía en el siglo XV la cantidad de ellos es limitada, pues a la extendida pobreza se une una alta mortalidad infantil y la prohibición de dictar últimas voluntades a ciertos sectores del ente social como apóstatas o herejes.²⁵

En la actualidad entendemos el testamento como un elemento que da cabida principalmente a información patrimonial. Dejar zanjados los asuntos acerca de propiedades muebles o inmuebles es su primordial objetivo. El pensamiento medieval añadió a esto un componente más, basado en la idea de que si a través de las últimas voluntades se puede salvaguardar lo terrenal, se podrá hacer lo propio con lo espiritual, sin duda lo más importante, aquello que prevalecería hasta el fin de los tiempos. Pero para entenderlo es necesario tener presente el viaje que tras el óbito inicia el alma, y como afirma Julia Pavón, tanto el testamento y como la *peregrinatio* del espíritu están en plena conexión, con el fin último de encontrar la plenitud en un viaje de sentido único, pues para los cristianos todo lleva finalmente a Dios.²⁶

²⁵ Ibídem, p. 34.

²⁶ PAVÓN BENITO, Julia, “El testamento, un símbolo de la Peregrinatio”, *Anuario de Estudios Medievales*, N° 34, 2004, p. 32.

Conducir el alma hasta el reino de los Cielos no iba a ser tarea fácil, y más allá de la muerte física es preciso seguir haciendo méritos para acortar la estancia en el Purgatorio y conseguir la salvación eterna. Siguiendo fielmente las mandas testamentarias, los albaceas ayudarán al alma a llegar a su glorioso destino, lo que por otro lado, también será beneficioso a largo plazo para los hacedores de cuales fueran las disposiciones que se habían de cumplir. Buena forma de llevar a cabo tal labor era a través de la utilización de los bienes materiales en favor de la Iglesia. Legar ciertas cuantías de dinero u objetos a la institución, allanaría el camino al Paraíso. Asimismo la mayor o menor cantidad de legados también sería tenida en cuenta a la hora de realizar con más o menos diligencia las misas, oraciones y actos en favor del alma del difunto. En definitiva, se utilizaban las mandas pías en sufragio del ánima del fallecido y, además, se descargaba esta del peso de los pecados cometidos.

Algo de una trascendencia tan profunda, íntima y espiritual como la salvación, va a estar condicionado por algo tan terreno y banal como el dinero. No todo el mundo podrá permitirse cierto número de misas o una zona de enterramiento concreta que ayude a la peregrinación del alma. Para acceder a todo ello nada será tan importante como tener la capacidad de pagar su precio y esto, en el marco de una sociedad feudal, hará que las diferencias existentes entre los diversos grupos sociales se adviertan a simple vista.

Las capas más altas, nobleza, y tras el desarrollo urbano del siglo XII también la oligarquía urbana, desearán fervientemente no perder su status *post mortem*. No dejarán nada al azar, todo estará dispuesto para la llegada del fatal desenlace, focalizando todo su esfuerzo en evitar la tan extendida visión de la “muerte igualadora”. Reyes, condes, herreros o campesinos se medirían finalmente ante Dios al llegar el día del Juicio Final. En consecuencia, estos enaltecidos individuos harían lo posible por desequilibrar la balanza a su favor, dejando claras instrucciones para invertir sus bienes y riquezas en misas, exequias o donaciones, pues al fin y al cabo todo era poco para hablar en favor de uno mismo como buen cristiano aun cuando ya no existiera ni la propia voz.

Igualmente la elección de los lugares de enterramiento será un asunto clave, en este último punto intervendrán también las devociones personales y la encomienda del alma, algo que desarrollaremos más adelante y que no queda exento de importancia. La

elección, previo pago, de un lugar más o menos cercano al altar, en una u otra capilla, o próximo a otras tumbas señaladas va a suponer una enorme diferencia que asimismo intercederá por el destino del alma. Respecto a ello, los estratos superiores de la sociedad mostrarán en sus últimas voluntades el empeño por descansar eternamente cerca de la familia – esto va a ser bastante común para todo el ente social- y en este caso estará estrechamente relacionado con la prolongación de linaje.²⁷

La heterogeneidad del clero nos lleva a ver diversidad de comportamientos según el estudio de su documentación testamentaria. No obstante, desde los más humildes sacerdotes hasta los altos cargos eclesiásticos, parece haber un rasgo común: todos ellos son conocedores de las claves para la salvación, saben del valor de los sufragios y comparten la idea de que una vida dedicada al sacrificio por la fe a través de la penitencia, les conducirá a la Gloria de los Cielos. En añadido, el hecho de pertenecer a la que fue sin duda una de las instituciones más poderosas del Medievo, conllevaba el ostentar a nivel social una posición de privilegio. Esto no pasará desapercibido a la hora de la muerte, sobre todo ante la celebración ceremonial y funeraria.²⁸

Es preciso además señalar la importancia de la humildad, apuntando directamente sobre el ceremonial que estas gentes bien posicionadas detallaban en los documentos, dado que podría resultar un elemento trascendental ante la perspectiva de ser juzgado. De modo que algunos de ellos procuraban la sencillez en sus exequias fúnebres, siendo no obstante, una práctica más extendida entre los miembros del clero, que de ningún otro estrato social. Mostrarse de forma humilde, asumiendo los ideales pauperísticos – tan arraigados en el Bajo Medievo- y ofreciendo una imagen en sintonía con aquellos que sufrían pobreza y calamidades, también podría suponer un bien para el alma. En cualquier caso, buena parte de los testamentos van reflejar el deseo de ser recordados, de destacar, como ya hemos apuntado de mantener su posición social tras la muerte, lo cual podrá ser mostrado ya no solo por la elección del lugar de enterramiento o las cantidad de ofrendas por el alma, sino en la decoración, las pinturas, los elementos distintos y como no, el uso de cirios y velas, es decir de la luz. Un instrumento crucial

²⁷ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 46.

²⁸ *Ibíd.*, p. 49.

para el buen desarrollo de los rituales y cargado de simbología al ser una representación de Cristo, aquel capaz de vencer toda oscuridad a lo largo del camino.²⁹

Respecto a los estratos más humildes del mundo medieval viven, en su mayoría, una situación económica precaria. Sus ceremonias, exequias y enterramientos estarán caracterizados por su sencillez. En términos generales, estas personas no podrán “comprar la salvación” (según la expresión acuñada por J. Chiffolleau), habrán de servirles sus méritos en vida para recorrer el viaje al Más Allá. Ni que decir tiene que llevarán a cabo esfuerzos enormes por lograr tener algunos bienes y riquezas con que financiar las exequias, sepultura o hacer misas e incluso se documenta que se hayan endeudado y vendido lo poco que poseyeran.³⁰ Aquí podemos observar cómo si “la muerte igualadora” era una auténtica pesadilla para los acomodados, constituirá una verdadera esperanza para aquellos a quienes la fortuna no aseguraba la eternidad.

En conclusión, todo será poco para lograr la Gloria, sin embargo no podemos hablar de estas manifestaciones ante la muerte como si estuvieran codificadas. Y si bien es cierto que el testamento se irá popularizando hasta convertirse en lo que Le Goff definió como un “*pasaporte para el Cielo*”³¹ la actitud ante el concepto de salvación variará, veremos reminiscencias del pasado fundidas con nuevas ideas y corrientes que darán paso, nada y nada menos, que a la futura visión renacentista del mundo. A fin de cuentas lo que encontramos es una “*muerte llena de matices*”³² y en consecuencia, una documentación testamentaria que refleja dicha realidad.

5. La salud del alma

No existe otro deseo para el verdadero cristiano medieval que el de prolongar la vida tras la muerte, algo que en última instancia le conduce al seno de su Creador, es decir a la eterna presencia de Dios. Pero para lograr tal objetivo resulta primordial recibir el perdón de todos los pecados cometidos o, en su defecto, de la mayor cantidad posible de ellos.

²⁹ RAMOS DIAS, Marta Miriam, “In memory ad perpetuum. An analysis of medieval testaments”, *Eikón/Imago*, Nº 3, 1, 2014, p. 138.

³⁰ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 50.

³¹ Le Goff, 1969, citado en CANTERA MONTENEGRO, op. cit., 1986, p. 263.

³² RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 51

Cielo e Infierno son dos términos que aparecen en los documentos testamentarios acompañados de un tercer elemento que completa el cosmos medieval. Hablamos del Purgatorio, allí donde se purificaban todos los pecados, desde los más insignificantes a las grandes faltas. Durante esta etapa expiatoria se producía lo que en los testamentos aparece como el “refrigerio” el alivio, la descarga de todo mal en el alma que allanaba el camino al Paraíso. Las últimas voluntades se convierten en el instrumento perfecto para dictar los beneficios que desean hacerse por el alma, ayudar a esa liberación. En definitiva, y ante la perspectiva de llegar ante Dios siendo un pecador, el testamento supone una especie de cura, el último intento de realizar todo aquello que proporcione un sitio en el reino de los Cielos y permita alejarse de la condena al fuego eterno.³³ “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquél que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.”³⁴

5.1. Misas y sepelio *in memoriam*

La idea de la peregrinación del alma no es algo que simplemente se inicie tras la muerte. Existen en el mundo terreno una serie de lugares que aproximan a los hombres a Dios. Son espacios sagrados, que en vida, el buen cristiano busca, transita y visita comenzando la *peregrinatio*, el viaje “*que sobrepasa la pura contingencia física del camino para referirse simbólicamente al arribo escatológico*”³⁵ y que solo finalizará con la decisión que sobre cada individuo se tome en el momento del Juicio.

El camino que conduce a Dios comienza por lo tanto tras la recepción del sagrado bautismo, no obstante, el mundo bajomedieval defiende la idea de que tras la muerte, el espíritu pasa por una serie de fases antes de poder alcanzar la Gloria, es decir, es un tránsito que se hará de manera progresiva. Es ahí donde reside la necesidad de hacer méritos *post mortem*, terminando aquello que se comenzó en vida, para lograr la deseada aproximación al Creador.

Las instrucciones de cómo se desea llevar a cabo dicha labor constarán en los testamentos. Los otorgantes dictaminan de forma escrupulosa qué y cómo ha de hacerse, constituyendo las misas, ofrendas y oraciones los elementos clave para el tránsito del ánima.

³³ PAVÓN BENITO, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media*, pp. 146-149.

³⁴ Mateo 10, 28.

³⁵ PAVÓN BENITO, Julia, “El testamento, un símbolo de la Peregrinatio”, p. 35.

La celebración de eucaristías constituye uno de los recursos más repetidos y exigidos en los compendios testamentarios. No es un elemento sobre el que predomine la homogeneidad, es decir, las creencias personales, la posición social y el poder adquisitivo van a definir cómo, dónde y en qué cuantía se llevan a cabo. Fácilmente se vislumbra aquí la estrecha relación existente entre riquezas y salvación, que en el punto anterior tratábamos. Incluso se dan situaciones especiales donde el alma es declarada heredera universal. La obsesión por la salvación del espíritu es tal que hasta los bienes familiares son utilizados en favor de la redención del ánima, aun cuando el patrimonio propio es destacado.³⁶ Es más, la cantidad de misas encargadas en muchas ocasiones por gentes adineradas no son posibles de realizar en la práctica, como veremos, no es descabellado el encargar misas *in aeternum*. Por suerte la mayor parte de los testadores van a ser considerados a la hora de limitar estas celebraciones, buscando plazos de posible cumplimiento. Por su parte, los otorgantes más modestos, intentarán imitar una vez más la actitud de los mejor posicionados, aunque en última instancia no podrán permitirse nada más allá de los recordatorios en determinados días señalados.

Misas de réquiem o *cantata missa*, eran las celebradas antes del inicio de la ceremonia mortuoria. No faltaban la misa mayor y oraciones realizadas durante el propio óbito, y finalizada esta labor, solía llevarse a cabo la novena. Esta era una celebración realizada siempre en un honor a uno u otro intercesor durante nueve días consecutivos tras el óbito, o en un total de nueve veces en un día concreto, a lo largo de nueve semanas. Por último encontramos el *anyal*, un conjunto de misas celebradas a lo largo del año *post mortem*, y el cabo de año, la todavía hoy celebrada misa que recordará al fallecido justo un año después de su muerte. Estos serán los momentos básicos de recuerdo al ser querido perdido y que han de servir como “*medio de auxilio a su “passamiento” de este mundo al otro.*”³⁷

La elección del número total de oficios así como de los días en que estos se celebran, no es casual. Van a ser las devociones personales y los cultos locales los que rijan la selección de las fechas, de ahí que predominen las agrupaciones de misas en ciclos, llegando a copar incluso días de festividades de importancia. También va a ser de

³⁶ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “La muerte y el cuidado del alma en los testamentos zaragozanos de la primera mitad del siglo XV”, *Aragón en la Edad Media*, Nº 6, 1984, p. 237.

³⁷ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 125.

suma trascendencia el valor simbólico del número, que influirá sobre gran cantidad de asuntos, desde el número de misas, hasta la suma de oficiantes que tendrán las mismas. Como ya hemos repetido anteriormente, el mundo medieval es un universo repleto de simbología, y la numeraria, basada por lo general en las sagradas escrituras, ocupa un lugar trascendental. De esta forma el tres aparece como uno de los números más populares en clara referencia a la Santísima Trinidad, así como el siete, pues tantas fueron las plagas que Dios envió a la Tierra y los gozos marianos. También el diez en representación de los diez mandamientos entregados a Moisés; el doce en honor a los santificados apóstoles o el treinta haciendo alusión a las piezas de plata por las que Jesucristo fue traicionado por Judas Iscariote y vendido a los romanos. Los treintanarios serán de hecho bastante solicitados por los otorgantes. Buen ejemplo de ello veremos en el reino aragonés, donde hasta un 63% de los mismos instará la celebración de treintanarios abiertos, consistente en treinta misas de réquiem³⁸.

En definitiva, *“llegado el momento de encargar misas, el testador tiene una idea muy clara: cuantas más mejor. Se solicitaban centenares de misas de réquiem, siendo lo más usual la petición de un año seguido.”*³⁹ Se consideraba que el viaje al otro mundo quedaba concluido tras ese periodo de tiempo, así como el luto que guardaban los familiares.

Nada era dejado al azar cuando de mandas piadosas se trataba, de manera que la elección de lugares concretos para la celebración de los sufragios quedará bien esclarecida en las últimas voluntades. De manera generalizada, veremos como el templo seleccionado para el entierro, suele ser el lugar de conmemoración a lo largo del *anyal*. Normalmente solo se producirán variaciones en respuesta a devociones personales o locales, pero en ocasiones esto provocará colapsos en algunas iglesias y llevarán al incumplimiento de las mandas. Parece ser que este tipo de situación no mejorará conforme avanza la etapa bajomedieval, de hecho las negligencias crecieron a lo largo del Cuatrocientos provocando que los otorgantes decidieran legar en favor de las órdenes mendicantes, ante la posibilidad de que su iglesia no cumpliera sus exigencias⁴⁰.

³⁸ Ibídem, pp. 128.

³⁹ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “La muerte y el cuidado del alma”, p. 227.

⁴⁰ Lorenzo Pinar, 1994, citado en RODRIGO ESTEVAN, op. cit., p. 141.

Respecto al pago de este tipo de celebraciones *in memoriam*, García Herrero nos ilustra con dos alternativas “*la primera, que es la más simple y la menos frecuente, consiste en que el testador done a la institución que ha de celebrar su aniversario uno o varios inmuebles con el vínculo de que aquélla anual y perpetuamente repita el rito eucarístico para procurarle la salvación eterna. [...] La otra vía para fijar el soporte económico del aniversario resulta mucho más habitual. En ella, los testadores "cargan" las misas anuales sobre una o varias heredades cuya propiedad no pasa a la iglesia. El heredero —o herederos— de los bienes raíces vinculados al aniversario contrae la obligación de sostener anualmente los gastos que las celebraciones ocasionen, pero la memoria es flaca, y a juzgar por las quejas de los concilios y sínodos peninsulares, el beneficiario de la herencia olvida a veces su deber con el alma de quien le hizo el legado.*”⁴¹ Sin embargo, este no era un asunto para tomarse a la ligera, pues la diligencia con que se llevaran los asuntos apuntados por el difunto en su testamento, no solo eran vitales para el alma de este, sino también para el espíritu de aquellos herederos que, como todo ser humano, acabarían rindiendo cuentas ante el Creador. Inhibirse pues de este tipo de obligaciones, suponía además de una falta de respeto a la memoria de los antepasados, un auténtico pecado.

Por último hablaremos brevemente de las ofrendas, un elemento fundamental para llevar a cabo el óptimo desarrollo de las misas y ceremonias encargadas. Las iglesias elegidas para tales fines, recibirán considerables cantidades de tres elementos básicos: pan, vino y cera. Todos ellos para un clarísimo uso práctico, y asimismo cargados de simbología en representación al cuerpo y sangre de Cristo —la doctrina católica de la transubstanciación— y a la luz que alumbraría a las almas el sendero que habrían de recorrer hasta alcanzar la Gloria. Tanto el día del fallecimiento, como en el resto de conmemoraciones por el ánima del difunto, se llevarían a cabo este tipo de rituales que, lejos de poseer un carácter homogéneo, variarían dependiendo las zonas, ciudades y pueblos donde se realizan, así como quien las encarga o a qué templo las proporciona. Es usual en los testamentos la utilización de la palabra “oblada”, que haría referencia a una ofrenda hecha en honor a los difuntos y brindada en un templo cristiano, normalmente en forma de pan, “*Et mando e ordeno que en cada un dia sian levadas*

⁴¹ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “Ritos funerarios y preparación para bien morir en Calatayud y su comunidad (1492)”, *Revista de historia Jerónimo Zurita*, N° 59-60, 1989, p. 99.

oblada e candela por tiempo de dito anyal, e por mi anima offrecidas.”⁴² No obstante, parece que la costumbre de dar ofrendas estaba lo suficientemente normalizada como para no especificar cada producto ofrecido, al menos los casos estudiados sobre los aragoneses bajomedievales⁴³.

5.2. Devociones personales: La encomienda del alma

A través de las sagradas escrituras, la Iglesia enseñaba a los hombres y mujeres del Medioevo cómo la vida no tocaba a su fin tras el deceso, sino que se abría una nueva etapa que no conocería final. “*Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo único, para que quien crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.*”⁴⁴

Nos encontramos ante la creencia en una fuerza Todopoderosa y Omnipotente, regidora de todo lo existente, de cada vida humana. Partiendo de esta idea, lo bueno va a ser considerado un favor divino, un don del Señor; lo malo, un escarmiento, un castigo por las faltas cometidas. Dentro del horizonte mental bajomedieval, Dios se encuentra en todas partes, en el centro de todas las cosas, y a pesar de su condición paternal – definido incansablemente como Padre en la Biblia- se antoja como un ser lejano, inaccesible para el ser humano. Esta idea es la responsable de provocar una tensión entre lo que las gentes medievales deben creer y lo que perciben, y para paliarla la Iglesia introdujo agentes intermediarios: la Virgen, los santos y los ángeles.

Canalizar buena parte de la fe en Dios hacia otras figuras sin distorsionar la importancia de la primera, ni disminuir el culto sobre la misma, fue una ardua tarea perfeccionada con el devenir de los siglos y que tuvo unos magníficos resultados. La diversidad de devociones será tan multitudinaria y heterogénea como lo era el propio mundo medieval. Las diferentes ciudades, barrios, pueblos, aldeas, linajes, familias e individuos, escogerán las suyas y las perpetuarán con el paso del tiempo. En términos generales el fenómeno devocional tendrá una acogida extraordinaria, desarrollada al compás de la creencia y promulgación de los lugares santos de peregrinación y la fe en las reliquias sagradas.

⁴² Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ)., Zaragoza, Juan Blasco de Azuara, 1402, fols. 52r.-60v., citado en GARCÍA HERRERO, op. cit., 1984, p. 238.

⁴³ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 136.

⁴⁴ Juan 3, 16.

Estamos ante la existencia de un universo sobrenatural categorizado con la existencia de una corte celestial compuesta por “los elegidos de Dios”, los santos. Hablamos de hombres y mujeres que tiempo atrás habían demostrado a través de sus existencias modélicas y/o valientes actos su amor por el Creador hasta el punto de dar su vida en nombre del mismo. Santificados tras la muerte ante tal sacrificio, se les serán atribuidos dones especiales –usualmente relacionados con el calvario al que fueron sometidos- y en consecuencia pasarán a ser perfectos catalizadores para la creencia católica.

La devoción en los santos y santas representa un horizonte nuevo, pues ellos fueron seres humanos que alcanzaron la Gloria eterna, lo que no solo los hará figuras más asimilables para las gentes medievales, sino que además proporcionarán una vocación universal hacia la santidad, extendida por todo el mundo cristiano durante la Edad Media y en adelante.

Si María será la mediadora por excelencia, las otras figuras intercesoras nombradas, los ángeles, aparecerán frecuentemente en la documentación medieval. Su presencia tendrá mayor notoriedad en los siglos altomedievales y se verán poco a poco reemplazados por el culto a los santos, principalmente a partir del siglo XII, aunque no desaparecerán de las líneas testamentarias y seguirán formando parte del selecto grupo de anfitriones de los viajes al trasmundo.⁴⁵

Encomendar el alma a estos intermediarios a través del testamento, va ser otro de los medios para tratar de asegurar la salvación del ánima. Este acto se llevará a cabo mediante la donación de ciertos bienes, oblatas y riquezas a un templo, normalmente una iglesia o monasterio, en honor al santo del que se deseaba protección y ayuda. La encomienda del alma parecía *a priori* uno de los instrumentos más efectivos para aligerar las cargas del espíritu y lograr alcanzar los Cielos, pues suponía un cauce directo en dirección a esa corte celestial.

Posiblemente sea en este momento de la Edad Media, entre los siglos XII y XIII, cuando asistamos a un nuevo giro sobre el significado de la muerte. Ya apuntamos que no nos encontrábamos ante un concepto estático y en consecuencia se contempla la

⁴⁵ GUIANCE, Ariel, op. cit. pp. 163-165.

aparición de lo que Leonor Gómez Nieto denominó como “la muerte personal”⁴⁶ que consistiría en una mayor individualización del momento de la muerte, de encuentro personal con el Creador, naciendo de ahí la necesidad de buscar figuras intermediarias que les cedieran su Gracia con el objetivo de ser ungido por la misericordia divina.⁴⁷

Es preciso apuntar, llegados a este punto, que la encomienda no solo se realiza en busca de la promoción de este tipo de figuras intermedias, pues a lo largo de este trabajo hemos podido ver como la invocación y encomienda a Dios, a la Virgen María y a Cristo, aparece en casi toda la documentación analizada. La importancia concedida a la figura de Cristo y sobre todo desde la concepción de Jesús como Salvador y Redentor, no cesará de crecer a partir del siglo XII, sobre todo tras el triunfo del cristocentrismo.

El santoral al que se rinde culto durante la Baja Edad Media es de una amplitud considerable, por lo que sería imposible detenernos en cada intermediario o cada devoción ejercida por los hispanos de dicha etapa. No obstante, es posible ilustrar este asunto si atendemos a ciertas figuras veneradas de forma bastante generalizada. Buen ejemplo de ello encontramos en San Miguel arcángel, responsable del peso de las almas el día del Juicio Final y paradigma de la lucha en defensa de la Iglesia cristiana, idea que se plasmará en la veneración particular a otras figuras como San Jorge o San Demetrio. El culto a la figura del Arcángel, también reconocido psicopompo o conductor de almas, aceleraría la liberación del ánima del Purgatorio, de ahí la ardua devoción ante tales beneficios.⁴⁸

El extendido terror que existía a la muerte súbita hará florecer diversas devociones por los santos y santas auxiliares. Realmente, la muerte súbita era un fin violento e inesperado que muchas veces se ensañaba con los más débiles, como los niños y las embarazadas. Era considerada como una forma de morir indigna, pues solo la “muerte violenta” de los caballeros —en guerras justas— y de los mártires se supondría digna.⁴⁹ *“En este mundo tan familiarizado con la muerte, la muerte súbita es la muerte fea y villana, daba miedo, parecía cosa extraña y monstruoso de la que no se osaba*

⁴⁶ Gómez Nieto, 1999, citado en PAVÓN BENITO, J., GARCÍA DE LA BORBOLLA, A., op. cit., p. 205.

⁴⁷ PAVÓN BENITO, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media*, p. 205.

⁴⁸ GARCÍA HERRERO, M^a Carmen y TORREBLANCA GASPAS, M^a Jesús, “San Miguel y la plaga de langosta (claves para la interpretación del voto taustano de 1421), *Aragón en la Edad Media*, 10-11 1993, pp. 281-306.

⁴⁹ HAINDL UGARTE, Ana Luisa, “La muerte en la Edad Media”, *Revista electrónica Historias del Orbis Terrarum*, N° 1, 2009, p. 113.

hablar”⁵⁰ de modo que diversas figuras como Santa Bárbara o Santa Ana serán invocadas a la hora de prestar ayuda a las víctimas de tal final. También San Cristóbal, llamado a tener un éxito secular en esta faceta suya de santo capaz de evitar la muerte súbita.

No hemos de pensar que la intercesión de los santos se reservaba solo para el momento de la encomienda del alma tras el óbito, pues en otros momentos de rotunda trascendencia vital, como el parto, también se imploraba el auxilio de estas figuras, en este caso concreto el de Santa Margarita. Sin embargo, volviendo al tema de la muerte, esta reunirá a su alrededor un importante compendio de mediadores, pues desde el padecimiento de cualquier dolencia hasta la llegada del alma a los Cielos, la lista será dilatada y muy variada a lo largo y ancho de la geografía hispana. Los testamentos zaragozanos, por ejemplo (como los de otros lugares, sobre todo de la Corona de Aragón), mostrarán una fuerte devoción por San Amador, “*santo que intercede por el alma librándola de las penas infernales y aligerando su tiempo de permanencia en el Purgatorio*”⁵¹, siendo un culto muy extendido y consolidado. Asimismo, Galicia vivirá con fervor el culto a Santiago el Mayor que tomará fuerza en el último siglo medieval extendiéndose por buena parte de los territorios cristianos peninsulares. No obstante, veremos como de manera generalizada es la devoción cristocéntrica y mariana la que se impone a finales del Medievo, algo que se puede observar muy bien atendiendo a la zona sur de España, donde arraigan cultos como el de la Virgen del Rocío desde principios del siglo XV.

5.3. Legados para obras meritorias

La misericordia es uno de los atributos que el cristianismo pide y exige a sus seguidores a través de sus normas. Hablamos de una práctica que aglutina la ayuda al prójimo, la caridad y la benevolencia de aquellos que la ponen en marcha para cubrir las necesidades tanto materiales como espirituales de quienes lo necesitan. En la Baja Edad Media, este tipo de auxilios se dirigirían a grandes sectores desfavorecidos de la sociedad, como las huérfanas, los cautivos o los enfermos. Obrar en favor de estos grupos en vida y dejar testimonio que ha de seguir haciéndose a través de las últimas

⁵⁰ Ibídem, p. 112.

⁵¹ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “La muerte y el cuidado del alma”, p. 229.

voluntades, supondrá beneficios para el alma del otorgante y, cómo no, para quien los lleve a cabo en su nombre. Se trataría de una acción de amor hecha en nombre de Dios.

“*Amarás al prójimo como a ti mismo*”⁵² es una de las máximas del cristianismo, sin duda una de las frases más famosas y divulgadas de las sagradas escrituras que, repetida en los sermones eclesiásticos durante siglos, impulsó la idea de la misericordia, “dar de comer al hambriento”, “vestir al desnudo”, “visitar al enfermo”. Llevar a cabo este tipo de obras se considera un auténtico mérito y ante la proximidad de la muerte, el Padre en el Más Allá, sabría compensar esas buenas acciones: “*Dad y se os dará.*”⁵³ El efecto salvífico de las donaciones, más entendidas como nuestro actual concepto de limosna, es de suma importancia puesto que la figura del necesitado, y especialmente la del pobre, va a representar a Cristo.⁵⁴

La piedad hacia los sectores menos favorecidos de la sociedad bajomedieval, se refleja en la práctica totalidad de la documentación testamentaria hispana, en la que las limosnas se entregan a cambio de que las personas a quienes se presta ayuda oren por el difunto o la difunta, de modo que las riquezas terrenales, que son temporales y perecederas, se transforman así en beneficios *pro anima*, que permitirán equilibrar la balanza de las buenas y malas acciones.⁵⁵

Más allá de donaciones resueltas en dinero, hablamos también de proporcionar ropas, comida y bebida cubriendo las necesidades básicas de estos menesterosos a quienes también se les procuraría dignidad a la hora de su muerte, y en consecuencia algunos testadores, pedirán que se les procure lo necesario para que puedan ser amortajados.⁵⁶ Por supuesto, el reparto de tales limosnas no se hará de manera desordenada o azarosa, pues serían dadas en días concretos como el del entierro o en la novena, repartidas entre aquellos desvalidos que tomaran parte en las exequias en una especie de intercambio no escrito. Las cantidades de lo donado, contenidas en las líneas testamentarias, atenderán una vez más al factor socioeconómico. Los más pudientes tratarán siempre de dar más, no solo en una tentativa para expiar su pecadora alma, sino también en un claro intento de mostrar su capacidad económica y estatus social. Aunque ciertamente “*el progresivo aumento de menesterosos en el ámbito urbano obliga a*

⁵² Lucas 10, 27.

⁵³ Lucas 6, 38.

⁵⁴ PAVÓN BENITO, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media*, p. 255.

⁵⁵ Mollat, 1978, citado en RODRIGO ESTEVAN, op. cit., p. 165.

⁵⁶ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “La muerte y el cuidado del alma”, p. 234.

*limitar el número y la cuantía de las ayudas testamentarias*⁵⁷ y por consiguiente, las últimas voluntades reflejarán la cantidad de pobres a quienes se proporcionará auxilio. No debemos olvidar que la Baja Edad Media se verá marcada por la terrible epidemia de la peste negra (1347-1352) que si bien no castigó por igual a todo el territorio europeo, ciertas zonas de la Península se verán bastante agraviadas. La situación resultante tras su paso será desoladora, agravando los problemas estructurales característicos del propio periodo medieval.

Los hospitales van a ser una de las instituciones receptoras de las ayudas que aparecen en las últimas voluntades, de modo que su *“fundación y donación van a depender de todas aquellas personas que su poder adquisitivo les permitía colaborar en la causa o por aquellos que su buena voluntad y solidaridad con los pobres les motivaba a realizar una buena obra social.”*⁵⁸ Nos encontramos ante centros de ayuda y socorro a necesitados y enfermos controlados en algunas ocasiones por manos eclesiásticas, aunque no eran pocos los inscritos a particulares. Sea como fuere, solían disponer de una mala situación económica con recursos muy limitados, siendo las dádivas individuales las que permitían que muchos siguieran en funcionamiento. Normalmente veremos como las donaciones se realizaban en ropa de cama, comida en algunas ocasiones y parece ser que menos frecuente serían las realizadas en dinero o bienes inmuebles.⁵⁹

La Iglesia también va a ser receptora de estas mandas pías. Normalmente seremos testigos de una mayor generosidad hacia la institución a la que una persona se haya circunscrito, donde por lo general se ha llevado a cabo también el entierro y otras celebraciones litúrgicas. Asimismo, el fin del Medievo verá como aumenta la popularidad de las órdenes mendicantes sobre todo en el mundo urbano, por lo que estas también recibirán parte de estas donaciones. Los antiguos monasterios no serán olvidados tampoco, los *oratores*, aquellos que rezaban por todas las almas de la cristiandad, también contarán con la generosidad del pueblo, logrando en muchas ocasiones mantenerse gracias a estas ayudas, por medio de las cuales se arreglaban los

⁵⁷ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p.165.

⁵⁸ ÁLVARO BARRA, M^a P., MORLANS LORIENTE, M^a J., DE LA PEÑA TEJEIRO, E., GÓMEZ GALÁN, R., GARRIDO GONÁLEZ, J., “Cuidadores en los hospitales extremeños en la Baja Edad Media”, *Cultura de los cuidados: Revista de enfermería y humanidades*, N° 9, 2001, p. 23.

⁵⁹ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*. p. 163.

desperfectos o se mejoraban en lo posible las condiciones de vida de quienes tras sus muros habitaban. Además de dotaciones en forma de dinero, tanto este tipo de instituciones como las iglesias o conventos serán equipadas con todo lo necesario para llevar a cabo su labor. De manera similar a lo que se hace con los hospitales, los centros religiosos recibirán objetos precisos para cumplir sus funciones: libros, cálices, vestiduras litúrgicas, lámparas, etc., a través de los otorgantes. Los fieles más enriquecidos llegarán incluso a mandar hacer impresionantes retablos para vestir las paredes de los templos, añadir nuevas capillas monumentalizándolos e incluso llevar a cabo la construcción de santuarios nuevos.

Las huérfanas también van a convertirse en uno de los grupos receptores de las limosnas de las gentes bajomedievales. No hablamos en ningún momento de los huérfanos, sino que la referencia concreta es hacia las muchachas que dada su desamparada situación necesitaban ayuda para lograr un porvenir ante la posibilidad de que acabaran abandonadas a la prostitución o menesteres similares. A través de sus últimas voluntades muchos testadores expresarán su deseo de “maridar” huérfanas, lo que solo se conseguirá invirtiendo ciertas cantidades de dinero o bienes en la creación de dotes matrimoniales.⁶⁰ Estamos ante una auténtica obra pía, pues el casamiento daría una nueva oportunidad a estas mujeres que, sumidas en la pobreza, sin familia y solteras estaban muy lejos de lograr hacerse un hueco en una sociedad con un orden tan rígido como el medieval. En definitiva podríamos decir que “*dotar doncellas pobres y/o huérfanas constituyó uno de los nuevos planos en los que se manifestó la caridad religiosa desde el siglo XV.*”⁶¹

Por último haremos referencia a las donaciones estipuladas en los testamentos dirigidas a la salvación de los cautivos. Para entender el porqué de esas ayudas, hemos de observar someramente primero el contexto histórico en que surgió la figura del cautivo, la reconquista. Finalizada en 1492, estamos ante un proceso que llevó a los reinos cristianos a extenderse hacia el sur peninsular con el objeto de controlar todo el territorio que durante más de ochocientos años estuvo en manos musulmanas. Todo ello llevará al surgimiento de una nueva idea, la frontera. El dibujo de nuevos límites sobre el mapa hispano, las continuas luchas y la sed de venganza, llevarán a la aparición de

⁶⁰ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “La muerte y el cuidado del alma”, p. 235.

⁶¹ RIAL GARCÍA, Serrana, “Casar doncellas pobres”, paradigma de la caridad eclesiástica”, *Obradoiro de historia moderna*, Nº 3, 1994, p. 72.

estos prisioneros, cientos de mujeres y hombres privados de libertad, “*sometidos a durísimas condiciones de reclusión y obligadas a trabajar y malvivir en unas terribles condiciones, en ocasiones durante años.*”⁶²

La muerte fue el terrible destino reservado a buena parte de ellos, sin embargo no era inusual que se llevaran a cabo intercambios entre los prisioneros de unas zonas y otras o se pidieran rescates en forma de dinero o especie. El precio de la libertad no era bajo y los gobernantes musulmanes contaban con estos generosos “aportes” para mantenerse firmes y continuar las luchas, de modo que no desperdiciaba cualquier oportunidad de hacer rehenes lo que convirtió este tipo de raptos en un importante problema social desde un punto de vista humanitario. La sociedad reaccionará de diversas maneras ante ello, lo que para muchas almas cristianas se tradujo en la legación de ayudas con el fin de frenar este tráfico humano de correligionarios y nutrir los pagos para los rescates. Tanto fue así que “*aparecen en el siglo XII dos órdenes religiosas, trinitarios y mercedarios, cuya actividad vocacional es la redención de cautivos.*”⁶³

6. El destino de lo terrenal

Las últimas voluntades de los hombres y mujeres bajomedievales también van a reserva un espacio para todo aquello relacionado con lo aquí en la Tierra se quedaba. No en vano, se había trabajado toda una vida para lograr poseer ciertos bienes, tierras o riquezas —escasas en la mayoría de los casos— y debían ahora pasar a buenas manos, a aquellas que supieran mantener el patrimonio, aumentarlo si fuera posible, y legarlo conscientemente llegado el momento. Por otro lado, qué duda cabía de lo esencial que era procurar un óptimo descanso para el cuerpo, para el que la proximidad a Dios y todo lo que lo representara, era crucial y beneficioso ante la cristiana idea de la resurrección de la carne.

Las gentes medievales sabían que lo terrenal era perecedero, que se extinguiría al contrario que ocurría con el espíritu, pero a través de las últimas voluntades veremos

⁶² CALDERÓN ORTEGA, J.M., DÍAZ GONZÁLEZ, F.J., “El rescate de prisioneros y cautivos durante la Edad Media hispánica. Aproximación a su estudio”, *Historia.Instituciones.Documentos*. (HID), N° 38, 2011, p. 49.

⁶³ PAVÓN BENITO, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media*, p. 256.

cómo prácticamente el destino de nada de lo poseído se abandonaba a su suerte. Al fin y al cabo era la única seguridad disponible, y su buen uso supondría rotundos beneficios más allá de esta vida.

6.1 El cuerpo: exequias y enterramiento

El cristianismo mantiene una visión dúplice del ser humano. Por un lado encontraríamos la existencia del cuerpo y por otro la del alma, siendo esta última la que ha de gobernar la voluntad de los hombres y mujeres y que sin embargo, a veces, se convierte en esclava de lo terreno, de caprichos, pasiones u hostilidades. No son pocas las tentaciones y no es sencillo mantener la pureza de espíritu, no obstante a lo largo del punto anterior, hemos podido ver cuáles eran algunos de los mecanismos *post mortem* de expiación de los pecados cometidos, y cómo llevarlos a cabo. Ahora la pregunta que debiéramos plantearnos es ¿se puede redimir también la carne? Lo cierto es que para los dogmas cristianos, la esencia del ser humano reside únicamente en el alma, siendo el cuerpo una especie de “celda” de la que solo la muerte le libraré para emprender el camino al seno de su Creador. Sin embargo, no hemos de creer que no se diera importancia a qué ocurría con el cadáver, ni que en algún momento este fuera motivo de la indiferencia de los otorgantes, dado que la Iglesia proclamaba la vuelta del cuerpo al alma y del alma al cuerpo tras la resurrección. Asimismo lo afirma una de las declaraciones de fe más repetidas del cristianismo, el Credo: “*Creo en la resurrección de la carne y la vida eterna.*”

Veremos cómo efectivamente también existen fórmulas para proporcionar un descanso óptimo al cuerpo, para que repose con todo sosiego hasta el día de su reclamo. El viaje que sufría el cadáver podría calificarse como corto pero intenso, dando comienzo con el velatorio, acto que solía llevarse a cabo en la propia casa del finado. Familia, amigos, vecinos y cofrades, si era el caso, rendían sus respetos ante el difunto y ejercían el papel de acompañantes.

La preparación del cuerpo va a ser el primer paso, y las mujeres tendrán respecto a esta labor un papel principal. El común de las gentes llevará a cabo un proceso de amortajamiento del cadáver, basado en las atenciones dadas a Jesucristo. Tras ser adecentado y vestido va a ser cubierto con un sudario, este será más o menos lujoso dependiendo de la capacidad económica de la familia, los encontramos hechos en lino, crin, telas e incluso en paños bordados. La iluminación de la sala donde será expuesto el

fallecido también es de gran importancia, pues como ya apuntamos en otras ocasiones, la luz es un elemento que goza de una enorme carga simbólica al venir representando a Cristo como ese haz iluminador en el oscuro camino de peregrinación del espíritu humano.

Generalmente dentro del velatorio y con la presencia tanto del fallecido como de sus seres más allegados, se inicia la vigilia, donde tampoco faltaban la presencia de religiosos. Era el momento del rezo por el difunto, se recitaban letanías y salmos, y se pedía a Dios para que en su divina indulgencia redimiera los pecados de esa alma que ahora, a él regresaba.⁶⁴ Acabado este acto, se procedía a sacar al finado de la casa y llevarlo al templo donde se celebrarían las exequias.

El traslado, realizado normalmente por el clero parroquial, se llevará a cabo con suma solemnidad. En lo tocante a ello, el estatus social del difunto definirá bastante las características de este desfile mortuario, encabezado siempre por la cruz, *imagen plástica del triunfo sobre la muerte*.⁶⁵ Las gentes más enriquecidas mostrarán elementos más lujosos y un acompañamiento más multitudinario, incluido un alto número de clérigos seculares y regulares si hablamos de alguien poderoso. La posición social del finado queda aquí bien reflejada, aunque no olvidemos que la humildad será un elemento clave que, por propia voluntad del otorgante, limita una exagerada exteriorización del poderío social. Si era posible y las inclemencias climáticas lo permitían, la luz también custodiará al ataúd en su traslado hasta el lugar de enterramiento, fenómeno visual que en ocasiones iba acompañado del tañer de las campanas. Sobre ello, las creencias se basaban en la idea de que el sonido de estas servía para espantar los malos espíritus, facilitando así el camino al alma, no obstante no todo el mundo contaba con semejante privilegio, solo los habitantes más destacados, siendo una llamada de atención acerca de lo ocurrido para el resto de las gentes que poblaban una villa o ciudad.

A lo largo de la procesión, los más allegados expresarían su pena por la pérdida del ser querido, y aquí es donde se inserta una de las figuras más emblemáticas del mundo medieval, las plañideras, quienes desde hacía siglos eran contratadas para

⁶⁴ RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses*, p. 103.

⁶⁵ PAVÓN BENITO, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media*, p.107.

acompañar al cuerpo.⁶⁶ No obstante veremos como las leyes bajomedievales de todo el occidente europeo habían legislado sobre cualquier exhibición demasiado exagerada o teatral de dolor. Las lágrimas, gritos o incluso autoagresiones de cualquier tipo, estaban limitadas e incluso prohibidas bajo una sanción económica, aunque estas cuestiones se concretarán dentro de la normativa municipal.

Este viaje tocaba a su fin a la llegada del cadáver junto a toda su comitiva, al lugar donde posteriormente sería enterrado y donde se llevaría a cabo la misa de réquiem. Usualmente los cristianos de la época van a formar parte de una parroquia o congregación durante toda o buena parte de su vida, siguiendo en muchas ocasiones tradiciones familiares o devociones personales. Teniendo en cuenta estos paradigmas *la norma era recibir asilo en el cementerio de la propia parroquia, pero esta regla puede romperse mediante la entrega de dinero, pagando al lugar en el que uno rehúsa ser sepelido y a aquel otro que acepta acoger el cuerpo.*⁶⁷ De modo que una vez más el dinero es un elemento trascendental a la hora de lograr la inhumación deseada, en busca siempre de los mayores beneficios espirituales. Así pues *los testadores pueden comprar su acceso a lugares privilegiados. En teoría solamente los religiosos tienen derecho reconocido a ser enterrados en el interior de las iglesias, pero la entrega de determinadas sumas —a veces realmente excesivas—, permite a los laicos su enterramiento en el interior de los templos y la elección de lugares específicos dentro de los mismos*⁶⁸. No en vano, las gentes más ennoblecidas y enriquecidas del mundo bajomedieval ansiaban mantener su posición social tras la muerte y qué mejor manera que pasar la eternidad reposando en un lugar privilegiado. Enterrarse cerca de un altar era estar más cerca de Dios, mandar construir una capilla en honor a un santo o santa y ser allí sepelido haría ganar sus favores de intercesión y es que no habrá mejor manera de asegurarse un buen descanso eterno que ser uno mismo el promotor de la construcción, remodelación, embellecimiento o finalización de ese claustro o de esa capilla, en definitiva, del espacio donde se recibirá cristiana sepultura.

⁶⁶ Contamos con extraordinarios testimonios iconográficos de plañideras, con frecuencia esculpidos en los sepulcros femeninos y masculinos, caso de las tumbas conservadas en Santa María de Villalcázar de Sirga o de Santa María de Aguilar de Campoo. También hay registros pictóricos de plañideras, como las de los sepulcros del caballero Sancho Sánchez de Carrillo y su mujer, en origen situados en la iglesia de San Miguel de Mahamud (Burgos) y actualmente en el MNAC de Barcelona.

⁶⁷ GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “Ritos funerarios y preparación para bien morir en Calatayud y su comunidad (1492)”, *Revista de historia Jerónimo Zurita*, N° 59-60, 1989, p. 95.

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 96.

La eternidad era demasiado tiempo como para pasarlo solo, y a la hora de la inhumación esta cuestión va a propiciar una gran preocupación. En las últimas voluntades, los otorgantes bajomedievales van a expresar su deseo de ser enterrados junto a sus seres queridos. No siempre será así debido a que en los testamentos pertenecientes a personas que habitan pueblos, aldeas o lugares más pequeños, no es preciso especificarlo. Al contrario ocurrirá en las ciudades, donde se apuntará con insistencia el lugar de sepultura.⁶⁹ De hecho, esos espacios de los que hablábamos anteriormente, eran en parte contruidos para ese fin: que toda la familia pudiera descansar junta hasta el día en que sonaran las trompetas del Juicio Final.

6.2 El patrimonio: herencia, bienes y deudas.

Con el final de la vida, llegaba también el momento de llevar a cabo la repartición de todo lo que se poseía. Las últimas voluntades recogerán entre sus líneas qué deseaba hacerse con ello y lo que es más importante, quien lo administraría en adelante. Una parte de las riquezas que las mujeres y hombres bajomedievales poseían, independientemente de su escalafón social, iba a parar a cubrir los gastos de misas fúnebres y entierro o las mandas pías por la salud de su alma. Respecto al resto de bienes, ya fueran muebles o inmuebles, hemos primero de describir el marco de propiedad existente en esta etapa.

Los regímenes de propiedad medievales van ir desarrollándose a lo largo del periodo. En un principio veremos cómo casi la totalidad de la tierra pertenecía al monarca, siendo este quien la decía a la nobleza tras un acuerdo de vasallaje, basado en la defensa del rey y el reino. De esta manera, un reducido número de familias alcanzaron un alto estatus tanto económico como social, consolidándose poco a poco un orden feudal, por el que el grueso de la población, sin tierras propias, se vio obligado a trabajar para ellos bajo un régimen de servidumbre. Este prototipo de sistematización que tanto nos remite a la Alta Edad Media, cambiará sobre todo a raíz del desarrollo del mundo urbano que presenciara el nacimiento de un nuevo grupo social que hará tambalearse las bases de esa sociedad feudal: la burguesía.

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 94.

No obstante, la mayor parte de los pequeños campesinos o humildes labradores, no pasarán a ser propietarios y muchos continuarán trabajando bajo el mando de los señores feudales. Asimismo la nobleza ni venderá ni cederá sus grandes extensiones de tierra de forma inmediata, de hecho algunas familias no lo harán jamás. Tampoco la burguesía alcanzará enseguida la enorme capacidad económica que poseerá en los siglos venideros, pues para que esto ocurriera, primero habría de desarrollarse un comercio más rápido, ágil y capaz de cubrir mayores distancias. Se trata, en conclusión, de un proceso muy lento, en que se tendrán que desarrollar tanto nuevas estructuras económicas como mentales abordando el propio concepto de propiedad desde distintas perspectivas.

Ahora bien, a finales de la Edad Media intentar mantener la máxima cantidad de bienes sin fragmentaciones será un movimiento inteligente, tanto entre aquellos que poseían lo justo para vivir, como aquellos otros que tenían un enorme patrimonio. Así, por ejemplo el mayorazgo castellano se convertirá en una institución muy popular, a través de la cual se aseguraba la no división de la herencia familiar que recaerá fundamentalmente en el primogénito. En cualquier caso, no siempre ocurría así, ni se dejaba desamparado al resto de la familia, de hecho, muchos testamentos bajomedievales nos muestran como además otros de los descendientes directos como hijos o nietos recibían parte de los bienes: “*lexo herederos universales de todos mis bienes muebles et sitios ávidos et por aver en todo lugar (...) a Petrico Nabal et Anthonico Nabal nietos mios.*”⁷⁰, también los sobrinos, tíos y tías, así como allegados, vecinos o amigos se podrían ver beneficiados aunque fuera en menor medida: “*lexo a mi tia, mujer de Algaravi, mi tio, un retablo de la imagen de la Virgen Maria.*”⁷¹ Por supuesto y en el caso que se dejaran viudos o viudas, casi la totalidad de lo poseído por el otorgante pasará a estas figuras, cayendo en sus espaldas la responsabilidad de legar correctamente llegado su día final.

Los legados que se especifican en las últimas voluntades son de una variedad extraordinaria. Desde edificios, terrenos o dinero en metálico, hasta sedas, cálices,

⁷⁰ Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPH), Huesca, 1458, Registro 4.304, ff. 86r.-88v., citado en RODRIGO ESTEVAN, María Luz, op. cit., p. 245.

⁷¹ Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Calatayud (AHPC), Calatayud, Protocolo de Gil Sánchez de Magallón, 1472-1474, (nº 138), ff. 223-226v., citado en GARCÍA HERRERO, María del Carmen, op. cit., 2010, p. 202.

ropajes, joyas u obras de arte. En el caso del dinero, veremos cómo se especifica no solo a quien va dirigido, sino, con asiduidad, en qué ha de usarse o incluso el motivo por el que les es dado: “*ordeno e mando que sian satisfechos e pagados al dito Johan de Santa Pau fillo mio todos aquellos seis mil sueldos jaqueses que el dito mi marido e yo le prometimos e nos obligamos darle en cassamiento con Violant d`Espulgas*”⁷²

También veremos cómo en los testamentos se reserva un espacio para saldar todos aquellos asuntos, generalmente deudas e injurias, que ningún bien harían al alma una vez iniciara el viaje hacia su incierto destino. Veremos como suele especificarse tanto la cantidad debida como el destinatario, siendo normalmente préstamos que aún no habían sido pagado por completo, cuotas debidas a las cofradías o deudas de variada naturaleza, incluidos cargos de conciencia:

“*Et couto esta dita mina manda en duas mill dobras d`ouro, que quero et outorgo que peite et paguen de pena qualquer persona da mina parte ou da estrana que contra ela for ou pasar para o quebrantar*”⁷³

“*Item, lexo que de mis bienes sian satisffeytos deudos e injurias que por verdaat serán torbadas yo ser tenido*”⁷⁴

“*mando que sian dados et pagados de mis bienes, por manos de los ditos mis exsecutores a Johan de Maluenda quaranta solidos dineros iaqueses (...) que le deviamos, et a Gabriel Lopez quatro o cinco solidos (...) los quales le devo por razón de ciertas expensas que me fizo en cierto deudo*”⁷⁵

Lo espiritual, moral y material se funden en las últimas voluntades de forma exquisita, codificando los usos, costumbres y creencias de una etapa única para la evolución de la humanidad. Nada había de ser dejado al azar, absolutamente todo, incluso lo material, debía tener un destino adecuado, ese nuevo lugar, esas nuevas

⁷² Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Zaragoza, Protocolo de Joan Ram, 1447, ff. 378r.-381v., citado en RODRIGO ESTEVAN, María Luz, op. cit., p. 237.

⁷³ Archivo del Reino de Galicia (ARG), La Coruña, Colección Sarmiento Valladares, 1475, caja 168, nº 3, citado en OTERO PIÑEYRO MASEDA, Pablo S., GARCÍA-FERNÁNDEZ, Miguel, op. cit., p. 163.

⁷⁴ Archivo Histórico Provincial de Huesca (AHPH), Huesca, Registro 4.304, ff. 86r.-88v., citado en RODRIGO ESTEVAN, María Luz, 2002, p. 245.

⁷⁵ Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Calatayud (AHPC), Calatayud, Protocolo de Gil Sánchez de Magallón, 1472-1474, (nº 138), ff. 223-226v., citado en GARCÍA HERRERO, María del Carmen, 2010, p. 200.

manos, igual que el difunto hallaría un acomodo idóneo cuando su voluntad fuera correctamente ejecutada.

7. Conclusiones

Las últimas voluntades constituyen un observatorio privilegiado para el estudio de los deseos, expectativas y preocupaciones de los individuos que componen una sociedad, en este caso, la de la Baja Edad Media. A través de ellas se muestra de modo explícito el miedo a la muerte y la conciencia de su cercanía, sirviendo, al mismo tiempo, como fuente para comprender el sentido y valor que estas personas otorgaban a su propia existencia.

Los testamentos bajomedievales son una expresión de la cultura, la religiosidad, la moral, la economía o el derecho de un mundo que, a pesar de haberse perpetuado con una imagen de rigidez secular, va a ir modelándose, matizándose y ganando complejidad con el paso del tiempo, algo que se evidencia en el ámbito testamentario, pues hablamos de una documentación que abarca el pasado, presente y futuro de todo un ente social. Así pues los testamentos son documentos claves para el conocimiento de la sociedad bajomedieval, pues desde el más humilde de los campesinos hasta la familia más ennoblecida e incluso la realeza, guardan entre las líneas de sus últimas voluntades la historia de todos ellos: sus ambiciones, anhelos y costumbres a través de los cuales construyen su propio horizonte mental, ancestro del nuestro y en ocasiones mucho más perdurable de lo que cabría imaginar.

A lo largo de este estudio hemos podido comprobar como la importancia de testar, más allá de una cuestión legal y de estructuración patrimonial, se convierte en una absoluta necesidad, pues solo así se logra un auténtico descargo de conciencia tras una vida de errores y pecados que acompañan al ser humano desde su naturaleza original. Utilizar lo terrenal, propiedades, riquezas y hasta el propio cuerpo para acercarse a Dios, hace que en las últimas voluntades bajomedievales se manifieste una dicotomía entre las donaciones materiales y las espirituales de manera que sea factible lograr la salvación eterna.

En cuanto a la obtención de beneficios para el alma la oración (y especialmente las misas) va a ocupar un lugar de privilegio para quienes testan. Junto a ella, las mandas pías nutrirán a la Iglesia durante siglos con aportaciones de muy variada naturaleza, ya sea en forma de dinero, ya sea mediante objetos y obras de arte, e incluso construcciones, tanto parciales como íntegras de capillas, iglesias o altares. Igualmente

se velaba para que el cadáver descansara en un lugar apropiado hasta el día de la resurrección, cuando cuerpo y alma volvieran a unirse.

El estudio de los recursos utilizados y de los comportamientos nos muestra la gran importancia de la condición social y capacidad económica del difunto, de hecho, la muerte y todo lo que la acompaña –amortajamiento, procesión fúnebre, entierro, exequias, misas *in memoriam*, etc.- lo refleja perfectamente en un claro intento de evitar ese concepto de “muerte igualadora” que tanto hacía temer a los más privilegiados de la época.

No obstante, con frecuencia en los testamentos de las y los potentados asoma la paradoja, pues también la preocupación que impregna el periodo por mostrarse como seres humildes tendrá cabida en las últimas voluntades, por ejemplo al escoger como mortaja el hábito franciscano.

De otro lado, los testamentos tratan de manifestar reiteradamente la virtud de la caridad aproximándose a los más pobres y necesitados, algo que se prueba, por ejemplo, con la donación de todo tipo de ayudas a hospitales, ya que las problemáticas de índole humanitaria preocupan a esta sociedad en la que, en la medida de sus posibilidades, desde el pequeño campesino hasta el noble de alta cuna, pretenderán “cristificarse” practicando las obras de misericordia. Por ello –y entre otras- se repetirán las dádivas para proporcionar ayuda a los enfermos, a los cautivos, a las huérfanas y a los menesterosos, esperando que en el Más Allá los buenos actos se vieran recompensados.

Lejos de que todo ello pudiera parecer un mero intercambio de riquezas, propiedades o favores con la Iglesia u otras instituciones, con el único fin de alcanzar la salvación eterna, algo que a nuestros ojos puede ser percibido con cierto grado de frivolidad (*do ut des*), estamos ante una cuestión de una aprehensión y profundidad personal y espiritual que va mucho más allá de lo que las lejas testamentarias muestran. Entre sus líneas dichos legados nos hablan de las inquietudes y los miedos de un mundo en el cual, para la mayoría, la vida era corta, dura y en buena medida plagada de sufrimiento por enfermedades, defunciones prematuras, guerras o hambre. La muerte es mirada con respeto y temor, pues la incertidumbre que se abría tras ella no era comparable con ninguna certeza terrenal. No obstante, la idea de que existiría una nueva oportunidad apaciguaría los ánimos de los hombres y mujeres del Medievo, les ayudaría a

sobrellevar las pérdidas y convertiría las últimas voluntades en una fuente de buenos deseos, caridad, aceptación y arrepentimiento sin parangón.

Testar constituye, además, un acto perfecto para lograr uno de los objetivos más ansiados por cualquier persona: ser recordado. Lograr que tu stirpe, tu linaje, tu pueblo o tu congregación no te olvide nunca ya sea por aquello que legaste, construirte o mandaste hacer. Al fin y al cabo, un intento de permanecer aquí, de sobrevivir de alguna manera a la propia muerte.

En conclusión, las últimas voluntades son una fuente imprescindible para el estudio y comprensión no solo del periodo bajomedieval sino de toda la historia, una magnífica forma de aproximarnos a los individuos que vivieron en un época concreta, y entender qué les llevaba a actuar de determinada manera, qué les movía para mantener o incorporar unas u otras costumbres, algo que sin duda está íntimamente relacionado con su propia sensibilidad y percepción de la vida. No es tarea fácil ahondar en la espiritualidad humana, y quizá solo en los momentos más próximos a la muerte o cuando verdaderamente una persona se plantea el final de su existencia, se consigue ver con mayor claridad sus intenciones, afanes y ese deseo de ser infinito desarrollado a través de la noción de un alma que trasciende el cuerpo, el tiempo y cualquier ley de la física, una idea que ha formado parte de la práctica totalidad de las culturas, y por tanto, una creencia que, en definitiva, se muestra como anhelo perdurable de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVARO BARRA, M^a P., MORLANS LORIENTE, M^a J., DE LA PEÑA TEJEIRO, E., GÓMEZ GALÁN, R., GARRIDO GONÁLEZ, J., “Cuidadores en los hospitales extremeños en la Baja Edad Media”, *Cultura de los cuidados: Revista de enfermería y humanidades*, N° 9, 2001, pp. 22-26.

ANDOLZ CANELA, Rafael, *La muerte en Aragón*, Mira, Zaragoza, 1995.

AZPEITIA MARTÍN, María, “Historiografía de la “historia de la muerte”, *Studia historica. Historia medieval*, N° 26, 2008, pp. 113-132.

BALDÓ ALCOZ, Julia, “Suicidio y muerte accidental en la Navarra Bajomedieval”, *Anuario de Estudios Medievales*, N° 37 (enero-junio), 2007, pp. 27-69.

CALDERÓN ORTEGA, J.M., DÍAZ GONZÁLEZ, F.J., “El rescate de prisioneros y cautivos durante la Edad Media hispánica. Aproximación a su estudio”, *Historia.Instituciones.Documentos. (HID)*, N° 38, 2011, pp. 9-66.

CANTERA MONTENEGRO, Margarita, “Religiosidad en La Rioja Bajomedieval a través de los testamentos (siglos XIII-XV)”, *Berceo*, N° 110-111, 1986, pp. 111-154.

DEL CAMPO GUTIÉRREZ, Ana, *El libro de testamentos de 1384-1407 del notario Vicente de Rodilla. Una introducción a los documentos medievales de últimas voluntades de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico (C.S.I.C), Zaragoza, 2011.

DEL PINO GARCÍA, José Luís, “Muerte y ritos funerarios en Córdoba a fines de la Edad Media”, *Miscelánea Medieval Murciana*, XXV-XXVI, 2001-2002, pp. 231-268.

GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel, SESMA MUÑOZ, José Ángel, *Manual de Historia Medieval*, Alianza, Madrid, 2008.

GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “La muerte y el cuidado del alma en los testamentos zaragozanos de la primera mitad del siglo XV”, *Aragón en la Edad Media*, N° 6, 1984, pp. 209-246.

GARCÍA HERRERO, María del Carmen, “Ritos funerarios y preparación para bien morir en Calatayud y su comunidad (1492)”, *Revista de historia Jerónimo Zurita*, N° 59-60, 1989, pp. 89-120.

GARCÍA HERRERO, M^a Carmen y TORREBLANCA GASPAS, M^a Jesús, “San Miguel y la plaga de langosta (claves para la interpretación del voto taustano de 1421)”, *Aragón en la Edad Media*, N° 10-11 1993, pp. 281-306.

GARCÍA HERRERO, María del Carmen, FALCÓN PÉREZ, María Isabel, “Entorno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa”, *En la España medieval*, Nº 29, 2006, pp. 153-186.

GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Artesanas de vida. Mujeres de la Edad Media*, Institución Fernando el Católico, 2009.

GUIANCE, Ariel, *Los discursos sobre la muerte en la Castilla medieval (VII-XV)*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1998.

HAINDL UGARTE, Ana Luisa, “La muerte en la Edad Media”, *Revista electrónica Historias del Orbis Terrarum*, Nº 1, 2009, pp. 106-206.

MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, “Muerte y modelos de muerte en la Edad Media Clásica”, *Edad Media: revista de Historia*, Nº 6, 2003-2004, pp. 11-31.

OTERO PIÑEYRO MASEDA, Pablo S., GARCÍA-FERNÁNDEZ, Miguel, “Los testamentos como fuente para la historia social de la nobleza. Un ejemplo metodológico: tres mandas de los Valladares del siglo XV”, *Cuadernos de estudios gallegos*, Nº 126, 2013, pp. 125-169.

PAVÓN BENITO, Julia, “El testamento, un símbolo de la Peregrinatio”, *Anuario de Estudios Medievales*, Nº 34, 2004, pp. 31-49.

PAVÓN BENITO, Julia, GARCÍA DE LA BORBOLLA, Ángeles, *Morir en la Edad Media. La muerte en la Navarra Medieval*, Universidad de Valencia, Valencia, 2007.

PÉREZ MONZÓN, Olga, “La procesión fúnebre como tema artístico en la Baja Edad Media”, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte de la Universidad Autónoma de Madrid*, Nº 20, 2008, pp. 21-36.

PIQUERAS JUAN, Jaime, “Disposiciones espirituales y modelo familiar en los testamentos medievales valencianos: una aproximación económica, 1381-1450”, *Historia.Instituciones.Documentos. (HID)*, Nº 39, 2012, pp. 241-258.

RAMOS DIAS, Marta Miriam, “In memory ad perpetuum. An analysis of medieval testaments”, *Eikón/Imago*, Nº 3, 1, 2014, pp. 133-150.

RIAL GARCÍA, Serrana, “Casar doncellas pobres”, paradigma de la caridad eclesiástica”, *Obradoiro de historia moderna*, Nº 3, 1994, pp. 71-86.

RODRIGO ESTEVAN, María Luz, *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*, Ediciones 94, Zaragoza, 2002.